

Círculo Rojo

# La turista de los cementerios

# La turista de los cementerios



Carolina Alcalá Núñez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2017
Segunda edición: enero 2018

Depósito legal: AL 991-2017

ISBN: 978-84-9160-966-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carolina Alcalá Núñez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Diseño de cubierta: Juan Miguel Alcalá y Madel Mora
© Fotografía de la autora: Juanjo Sierra Alcalá

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*En medio de la complejidad de la vida,*
*Tres certidumbres aparecen nítidas,*
*Estimulantes:*

*Mi familia,*
*Toda ella.*

*Mis amigos,*
*Todos ellos.*

*Y los que no estando ya,*
*Viven en mí…*
*Indudablemente.*

# PRÓLOGO

Cada vez que un lector se lanza a la aventura de elegir un nuevo libro para disfrutar en sus ratos de ocio entran en juego diversos elementos y muchas expectativas. Podemos conocer o no al autor; quizá tengamos referencias de su trayectoria y estilo literario, posiblemente nos resultará atrayente el título o nos lo hayan recomendado... Por experiencia sabemos que un libro nunca nos deja indiferentes: nos interpela, nos "engancha" y pasan cosas – a veces muy importantes- en nuestro interior o simplemente no nos gusta. En esta quinta novela de Carolina Alcalá vamos a disfrutar de un texto inteligente, ágil y atractivo que desde el principio nos introduce suavemente en la entraña de lugares increíbles y maravillosos de la Alta y Baja Extremadura, desconocidos para muchos de nosotros. Su naturaleza, sus historias y sus personajes tienen una base totalmente real, que se dinamiza y enriquece con las múltiples y bellas leyendas de aquellos lugares, junto con un estupendo aporte literario y poético que acompaña a la narración durante todo su trayecto.

Nota interesante: no es una novela cuyo desarrollo nos va narrando Elsa –la protagonista aparente- según su criterio y estilo personal, sino que se nos va permitiendo descubrir a su lado quiénes son los verdaderos protagonistas y cómo se desarrollan los acontecimientos importantes que conforman la trama de la novela. A la vez, nos deja participar en su propia historia juvenil y en el desarrollo de la misma, hasta que

ambas líneas narrativas –la de Elsa como personaje y la confluencia de todos los elementos que configuraban la trama del relato- llegan a un punto de equilibrio –inestable, como todos los equilibrios- que permite al lector seguir pensando en ellos por cuenta propia al terminar la lectura del libro.

Finalmente, solo quisiera decir unas palabras sobre la Autora, especialmente destinadas a quienes aún no la conocéis, pues sus numerosos amigos ya sabemos "cómo es Ella" y la forma en que se reflejan sus propias cualidades humanas en los personajes de sus novelas: curiosidad insaciable, trabajo y esfuerzo constante junto con grandes dosis de amor, humor y aventura. Gracias Carol, por este nuevo regalo que nos haces y sobre todo por darnos tu siempre generosa AMISTAD. En nombre de todos nosotros.

Carmen Andrés

*Abrir los ojos a la vida.*
*La muerte se asoma al espejo.*
*Lo idílico es frágil, de cristal…*

Siendo normal que la mayoría de turistas programan sus andanzas viajeras por museos y lugares emblemáticos de los sitios que transitan, en el caso de Elsa Sainz Galán, su principal atracción se cifraba en visitar los cementerios. Desde sus primeros pasos literarios, que emergieron casi a la par que el conocimiento de las letras y su significado, la imaginación de Elsa se lanzó dando forma a cuentos y fantasías que traspasaban toda realidad; pero desde que la madurez comenzó a ramificar en su consciencia, instalándose en ella el alcance finito de la vida, una inconmensurable obsesión por las ciudades de los muertos se ubicó en lo más profundo de su ser, desplazando en buena medida sus anteriores elucubraciones.

La incomprensión de la muerte produjo en ella enormes deliberaciones que le arrebatarían de golpe la felicidad casi completa que hasta entonces creyera propia, sobrepasando con mucho la decepción experimentada tras descubrir, muy a su pesar, la no existencia de los Reyes Magos, instalándose desde entonces en ella una idea fija que poblaba sus noches con una angustia incontrolable; siendo así, en algún momento llegaría el fin para su madre, y un dolor agudo apretaba su frágil pecho.

El tiempo siguió su curso, las demandas de su formación académica la mantuvieron ocupada, horas, días, meses, años… sin que el aguijón doloroso de la inevitable desaparición de sus seres queridos decreciera, y todo vivido en absoluta soledad. ¿A quién contaría semejantes cosas? La tomarían por histérica, por tremendista, obsesiva, y ni con su más íntima amiga lo compartió. Lo que sí procuró fue curtirse familiarizándose con la inevitable conclusión de la vida, entendiendo que acabaría por asumirlo con la mayor normalidad posible.

La adolescencia cinceló sus rasgos infantiles, la totalidad de su anatomía experimentó los cambios físicos y sicológicos, aceptando incluso los ciclos del devenir con la mayor naturalidad posible, sin que ello supusiera renunciar a su obcecación por todo lo que tuviera que ver con el trance de la muerte, cuidándose, muy mucho, de que nadie, absolutamente nadie, lo supiera.

No obstante, y pese a su atracción por los epitafios, su curiosidad por las últimas voluntades de los difuntos, por la uniformidad casi milimétrica de las esquelas mortuorias… había aprendido a relativizar e incluso ironizar frente al todo y a la nada, a los que ineludiblemente se veía abocado todo ser vivo por el hecho de haber nacido.

Ocurrió un día, una luminosa mañana de primavera pisó por primera vez Hervás; un viaje de fin de curso, así lo quiso, cuyo itinerario incluía, además de la ya mencionada Hervás, Baños de Montemayor, Candelario y Béjar; recorrido fascinante a juicio de todo el grupo.

—Chicos —dijo el jefe de la expedición—, según el programa pactado, recuperaremos fuerzas con las buenas y ex-

quisitas viandas que, según tengo entendido, cualquier bar o mesón de este precioso lugar ofrece y después nos retiraremos al albergue para descansar. Ya sabéis que mañana haremos una ruta senderista y será dura, sobre todo para quienes no somos duchos en la materia.

—De acuerdo en todo, menos en eso de irnos rápidamente al albergue sin dar al menos una vuelta por el pueblo —opinó casi todo el grupo.

—Bueno, pero mañana no os quejéis si a toque de corneta os hago salir del sueño.

—Prometido —dijeron casi al unísono—. Olisquear por estas empinadas calles será un buen entrenamiento para lo de mañana.

—Vale, son las seis, a las siete quiero veros a todos aquí.

—¿Y por qué no a las ocho?, aún queda mucha tarde.

—Bueno, pero ni un minuto después.

—A mí lo que más me atrae es ir a la Fuente Chiquita, ¡es tan romántico lo que dicen de ella y lo que ocurrió con la Maruxa…!

—No seas trolera, a ti lo que de verdad te tira es el morbo del vientecillo y sus lágrimas —comentario jocoso de uno de los chicos.

—Y tú, Elsa, ¿cómo estás tan callada? —apreciación de otra compañera facilitada por la ausencia aparente de la chica aludida.

—Déjala, ella vive en su mundo.

—¿En qué mundo? ¿En el de los muertos?

—No sé por qué la chinchas cuando sabes bien que pasa de todo.

—Eso es lo que tú te crees, no dirías lo mismo si la pillaras leyendo ciertos libros…

—Pero… ¿qué dices? ¿Acaso es tu confidente?

—Chicas —dijo Elsa cortando con la deriva chismosa de unas y otros—, bien me gustaría acompañaros donde quiera que vayáis, pero quiero aprovechar estas dos horas para visitar a unos familiares de los que no sé nada desde hace mucho.

—Vaya, ¡qué calladito te lo tenías!

Elsa ya había tomado la siguiente callejuela en dirección contraria a la del grupo.

*El primer paso inaugura*
*caminos de difícil retorno.*
*Y las obsesiones crecen.*

En acusado declive, según la caprichosa orografía del terreno, montaña boscosa en el entorno más o menos cercano, con el Ambroz en constante murmullo serpenteando a los pies de la loma, el cementerio de Hervás acunaba el eterno descanso de sus silenciosos habitantes.

El sol aún brillaba potente cuando Elsa traspasaba la puerta principal. Sabía que una vez más estaba faltando a sus propósitos: «No, esta vez no, olvida tu obsesivo afán al menos en esta ocasión —se decía entre dudas—. ¿Por qué no aprovechas la oportunidad de estar con Guillermo estos días? Tú sabes que le gustas y a ti no te es indiferente. ¡Qué digo indiferente! Me atrae casi tanto como los cementerios. Bueno, son cosas distintas», pensaba ya reparando en las primeras lápidas que, alineadas a ambos lados de uno de los pasajes, ofrecían, pese a lo tétrico del lugar, un aspecto florido, mayoritariamente perenne con vistosas flores de plástico que solo engañan a los vivos. Tras este breve paréntesis apreciativo, retomó su anterior consideración: «A Guille lo tengo en clase día a día y este camposanto me ofrecerá sin duda oportunidades únicas».

Pese a sus deliberaciones anteriores, se detuvo; una serie de nichos bastante semejantes entre sí, con idénticas inscrip-

ciones en las lápidas, casi uniformes, diría, a no ser por la variedad de nombres y apellidos. Todo rutinario aún después de la muerte: *D. E. P. Tus hijos no te olvidan.* «Habría que verlo», opinaba en silencio. Pero de repente se quedó frente a una tumba de mármol con un nombre perfectamente grabado y un epitafio muy sugerente: *Aquí yace José Nuño Tobar, cuya vocación por la ciencia se vio truncada irremediablemente.* Y una inmensa curiosidad se afianzó dentro de sus propensas neuronas, para quedar inmediatamente subyugada con la inscripción de otro panteón que, justamente al lado de la anterior, decía en idéntico mármol y cincelada letra: *Aquí yace Inés Torrás Martos, que, no pudiendo soportar la pérdida de su esposo, siguió sus pasos hasta la eternidad.*

¡Qué paz se respira! Se nota, se palpa, aquí acabaron todas las quimeras, las ambiciones, los sueños… permaneciendo únicamente como amo y señor el sueño eterno. Los restos de quienes aquí habitan concluyeron su historia y es cuando puede decirse de ellos, con aproximada exactitud, los caminos que tomaron, sus errores, sus aciertos, sus ilusiones, sus fracasos…

Y el yo de Elsa. Ese yo que aflora de modo espontáneo, aún en medio de escabrosas deliberaciones, dio un giro situándose en el polo opuesto. Claro que, si pudieran hablar, no faltarían voces alusivas a sus momentos de gloria, carcajeándose del mundo con la recurrente frase «¡que me quiten lo *bailao*!». En todo caso, y desde el más allá, puede que incluso se sientan liberados de los gravámenes que el vivir les impusiera y hasta brinquen de contento importándoles más bien poco el juicio que de ellos se haga, a no ser que quede irremisiblemente dañada su honorabilidad. Lástima

que, una vez sus labios sellados, su verdadera historia, hasta el último capítulo, quede oculta, arropada… entre el grosor de aspiraciones frustradas o cumplidas, en medio de los desatinos y aciertos… Otra cosa que no sabemos ni creo que nunca conoceremos si los opuestos en algún lugar se encuentran y reconcilian. Aquí, imposible; así que de ser en algún sitio… ocurriría en esa otra dimensión excluida para quienes aún vivimos.

Llegada a esta deriva, su imaginación voló bastante más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver. ¡Vaya si le gustaría conocer con exactitud qué habría pasado con aquella pareja cuya vida se extinguió en plena juventud! Conocía muchos epitafios, tantos que llegó a coleccionarlos por épocas y según el rango de sus protagonistas que, desde su silente alojamiento, pretendían ser reconocidos por su ingenio, o… tal vez, como en muchos casos evidenciaba, ideados por la hipocresía de ciertos familiares aparentemente dolientes, y todo porque la aguda sensibilidad de Elsa detectaba sin esfuerzo las vilezas y miserias de algunos herederos.

Sin embargo, aquella deslumbrante tarde, frente a los nombres de José e Inés, su intuición le decía que había mucho de verdad en las escuetas y determinantes palabras cinceladas en el frío mármol. Entonces lo decidió. No, no haría la ruta senderista fijada para el día siguiente. Se dedicaría en cuerpo y alma a indagar sobre aquella pareja; claro que según la fecha, perfectamente descrita, sería inviable que algún contemporáneo vivo pudiera colmar su curiosidad; pero también estaba dentro de lo posible que en una población no demasiado grande, como era el caso, no dejaría de haber alguien que pudiera darle alguna pista; al fin, ciento y pico

años no eran tantos para que el recuerdo de aquellas personas pasara al olvido, sobre todo, porque sus posibles biografías tenían la pinta de ser poco habituales.

Inconscientemente abrió su mochila, de ella sacó un cuaderno de notas, escribió los datos de las dos lápidas, ojeó varias páginas también escritas a mano y, medio en un susurro, se oyó su voz.

—A veces me he preguntado qué pasará por la mente de una persona cuando está en su último momento de vida. ¿Qué emociones percibirá frente a la frontera del tránsito al más allá? Imagino que habrá quienes sientan miedo; otras, en cambio, experimentarán paz. Pienso que el alma puede llegar a ser tan transparente en ese trance que incluso pudiera detectarse a través de los ojos, de las manos, de la piel…

Elsa se levantó como impulsada por un resorte electromagnético. ¿Qué estaba haciendo allí sentada en el borde de una tumba, de espaldas al objetivo de su viaje? «¡Y todavía me extraño de que me consideren rara! Claro que… y por eso mismo, suscribo al cien por cien la última parte del texto que copié de los sabios filósofos».

«Desde luego que estoy llegando demasiado lejos en este afán por familiarizarme con el hecho de la muerte. Tienes dieciocho años, Elsa —se dijo con rotunda autoafirmación— y si mis padres fueran conscientes de lo que me pasa, no tardarían ni un minuto en ponerme en manos de un siquiatra. Claro que… también debo felicitarme por estar aquí, sosegadamente, sin el menor atisbo de aprensión, cosa que me he ganado a pulso».

*Toda decisión implica riesgo.*
*Asumirlo es valentía; reincidir, insensatez.*
*Mientras la tosca burla se entrena.*

El sol ya inclinado concedía al entorno un halo de misterio. Una tenue neblina puso un cierto escalofrío en su piel. Todo ello le advertía de que no llegaría puntualmente al sitio acordado para ir al albergue y más que trotando encontró la fuente indicada. Bebió agua abundantemente, un sofoco extraño y poco frecuente rodeaba sus mejillas. Nadie del grupo permanecía allí ni por los alrededores, y en completa soledad inició pesquisas sobre la ubicación del albergue. No hizo falta, un chico con aspecto de preocupación asomó sus amplios hombros por una de las estrechas callejuelas de la población.

—Te llevo buscando exactamente… media hora —dijo ya frente a la chica consultando su reloj—. ¿Tienes el móvil en silencio?

—¡Ay, sí, no me había dado cuenta!

—¡Pues vamos a toda máquina, ni te imaginas como está Nacho!

Kilómetro y medio hasta el albergue no era demasiada distancia para dos chicos jóvenes, pero estaba lo suficientemente lejos como para que sus compañeros ya descansaran en sus respectivas literas, escuchando más o menos atentos a

una lectora que con énfasis y viva voz daba vida al texto que tenía entre las manos.

> *—¿Sabes quién vivía en la casa de enfrente? —dijo la sombra—. ¡La más bella de todas, la Poesía! Estuve allí tres semanas y su efecto ha sido como si hubiera vivido tres mil años y hubiera leído cuanto se ha cantado y se ha escrito a lo largo del tiempo. ¡Lo he visto todo y lo sé todo!*

Y mal sofocadas carcajadas irrumpieron de entre la hilera de sacos en actitud de reposo, mientras la misma voz lectora, con renovada sorna, seguía declamando:

> *—¡La Poesía! —gritó el sabio—. Sí, sí, vive con frecuencia en las grandes ciudades, en soledad. ¡La Poesía! ¡Sí, la vi tan solo un instante, pero el sueño pesaba en mis ojos! Estaba en el balcón y brillaba como la aurora boreal. ¡Cuenta, cuenta! Estabas en el balcón, entraste por la puerta ¿y después?*
>
> *—Lo vi todo y lo sé todo.*
>
> *—¿Qué aspecto tenían los cuartos interiores? —preguntó el sabio—. ¿Eran como el fresco bosque? ¿Eran como un templo? ¿Eran como el cielo estrellado cuando se está en las altas montañas?*
>
> *—¡Todo estaba allí! —dijo la sombra—. No entré hasta el final, me quedé en el cuarto delantero, a media luz, pero era un sitio excelente. He estado en la corte de la Poesía, en la antesala.*
>
> *—¿Pero qué es lo que viste en concreto? ¿Estaban en el gran salón todos los dioses de la Antigüedad? ¿Luchaban*

*allí los viejos héroes? ¿Jugaban niños encantadores y contaban sus sueños?*

*—Repito que estuve allí y lo presencié todo. Y además aprendí a conocer lo íntimo de mi naturaleza, lo congénito, el parentesco que tengo con la Poesía.*

Y ya, sin reservas, las risas se contagiaron a lo largo y ancho del recinto que ocupaban con entrecortados comentarios.

—Lo que os llevo diciendo y no terminái s de creerme, esta Elsa está como una cabra.

—Pues para estar como una cabra… si es capaz de escribir cosas así… ¡ya me gustaría parecerme un poco a ella!, igual que a vosotros si fueseis sinceros.

—Vamos a ver, chicos, se supone que ya deberíais estar durmiendo. Y por otro lado, ¿de dónde sacáis que lo que habéis leído es obra de Elsa? Si prestaseis más atención en las clases… esos fragmentos corresponden a *La sombra,* el cuento de Hans Christian Andersen.

—Bueno… lo encontramos entre las cosas de Elsa.

—¿Y no os da vergüenza husmear en lo que no es vuestro?

Todo esto ocurría en el preciso momento en que, jadeantes, sofocados, aparecían Elsa y Guillermo, en tanto que un profundo silencio creaba una atmósfera extraña.

—Os sabía capaces de muchas burradas, pero nunca hasta el punto de husmear en mis cosas.

—Es verdad —respondió la lectora—, pero tú y tus misterios se prestan a eso y prueba de ello… ¿consideras normal que viniendo con todo el curso te las pires así, desde el primer momento? Claro que también es muy posible que se

trate de una estrategia para estar a solas con Guille; así que, rica mía, si alguien tuviese que dar explicaciones, serías tú.

El silencio llegó, aunque no a todos por igual… En el caso de Elsa, se le fueron horas deliberando sobre el modo y manera en que muy de mañana habría de justificarse con cualquier excusa para no hacer la ruta senderista.

La rosada aurora asomaba su indescriptible encanto, cuando, somnolientos, con bostezos irreprimibles, la totalidad de los excursionistas abandonaban el lecho.

—No diréis que no os lo advertí —rezongaba Nacho contemplando el panorama, mientras Elsa, medio arrastrando una pierna, con gesto de dolor, se apoyaba en una silla.

—¿Qué te pasa? —preguntaron varios de los chicos.

—Pues que ayer me torcí un tobillo y no sé si habrá quedado en esguince, porque me duele a rabiar.

—Pues no se ve para nada inflamado —dijo Nacho tras haber observado con detenimiento el pie de la chica, en tanto Guillermo analizaba pensativo todos y cada uno de los gestos de Elsa.

—Entonces, ¿qué hacemos? —decían entre sí encogiéndose de hombros. —Pues qué vamos a hacer, seguir con los planes que teníamos y Elsa… Elsa que se quede contemplando el paisaje, en realidad… quizás sea lo que más le apetezca. Pensándolo mejor, puede que Guille la acompañe.

—Claro, ¡cómo no se nos había ocurrido? Sería la coartada perfecta para quedarse solitos.

—No —protestó Elsa—, nadie tiene por qué sacrificarse, yo puedo quedarme en la casa de mis primos, ellos me llevarían al centro de salud y ya veremos si me aplican algún remedio que me deje útil para mañana. Hola, Fernanda

—dijo ya con el móvil en la mano tras marcar un número imaginario—, soy Elsa, sí, claro; pues verás... —Y relató el supuesto problema del pie.

—¿Qué te ha dicho tu prima? —preguntó Nacho con gesto preocupado.

—Que espere un poco a que llegue su marido y pasarán con el coche a recogerme.

—Pero… pero…

—Nada, marchaos tranquilos, no os entretengáis por mí.

Un cuarto de hora de tregua por si volviesen atrás a causa de cualquier circunstancia y, rauda, se encaminó en dirección al pueblo. Segura de sí misma, había descubierto la trayectoria de la vía ferroviaria ya en desuso y señalado en un mapa callejero su proximidad con el albergue, trazado inequívoco para llegar a la antigua estación y desde allí acceder al centro del pueblo mediante un precioso paseo… Encaminó pisando los raídos travesaños de madera, los herrumbrosos raíles, por donde tantas veces los antiguos viajeros o vagones de mercancías rodaran. Incluso… hasta pudiera que Inés y José viajaran llenos de ilusión e ignorantes del designio cruel que les acechaba…

*No toda la Historia se escribe con letras.*
*Las calles, las plazas, los edificios… hablan.*
*Sus antiguos pobladores… callan.*

El sol colonizaba ya los tejados de las segundas plantas encaramadas sobre las características viviendas tal si estuviesen detenidas en el tiempo, o… como si saliesen de un encantamiento de siglos; de tal modo era como los ojos de Elsa lo veían.

> *Hervás con sus castañares recoletos en la falda de la sierra, que hace espalda con Castilla, fue telares y reliquia de economía medieval que el siglo abroga, y en un rincón sinagoga en que la grey se reunía, que hoy añora la verdura de España, la que regara con su lloro, de él no avara el Zaguán de Extremadura.*

Poema de Miguel de Unamuno exhibido en un panel del callejero que Elsa atrapó en la cámara de su móvil.

—¿Te gusta? —preguntó un muchacho joven a la chica con ojos curiosos.

—¿El poema o el pueblo? —replicó ella.

—Las dos cosas —respondió el chaval con amplia sonrisa.

—Pues sí, las dos cosas me encantan. Claro que en lo poco que he visto de Hervás, sorprende la magnífica con-

servación de las casas del barrio judío, entrelazadas unas con otras a través de estrechas callejuelas como prisioneras de un encantamiento del que no acaban de despertar.

—¡Has dado en el clavo! Ni yo, que vivo aquí, podría haberlo descrito mejor —dijo el desconocido con idea de seguir informando—. Pasear por estas calles es tanto como sumergirse en una época pasada, con la peculiaridad de que la villa sigue viva y tan real como en su tiempo. Tiempo al que es preciso recurrir  para entender sus orígenes, que surgen allá por el siglo XII partiendo de una ermita situada a la ribera del río Santervás, del cual procede su nombre, edificada en su día por monjes templarios. Tras la expulsión de los mismos, a principios del siglo XIII, se construyó un castillo donde se fueron asentando diferentes grupos humanos.

»A partir del siglo XV es cuando diversas familias de origen judío se instalan en Hervás. Fruto de su permanencia en esta población, se crea el hoy conocido como Barrio Judío, conjunto de edificaciones de la época, conservadas en algunos casos tal y como fueron originariamente, vigiladas muy de cerca por el río Ambroz, y es precisamente lo que más fama ha dado a esta población. —Una breve tregua, tan mínima que aún Elsa no había abierto la boca, cuando la misma voz retomó la palabra describiendo al detalle que las estrechas callejuelas, con fuertes cuestas y algún pasadizo, dan lugar a grandes e irregulares manzanas, formadas por casas de adobe y madera revocadas de teja. Así todos los rincones resultan únicos y el conjunto irrepetible.

Elsa lo escuchaba atentamente, pero con la cabeza en otro sitio.

—Vaya, ensalzas de primera las maravillas de Hervás, ¿te dedicas al turismo?

—En ello ando, aunque todavía sin título, me falta un año; estoy en periodo de prácticas.

—Muy bien, pues… nada, por mi parte ya tienes un sobresaliente.

—No tan notable como lo que acabas de fotografiar del gran Unamuno.

—¡Ah, sí, claro! Añadir poesía a lo que ya lo es…

—Oye —dijo el chico como si acabara de ocurrírsele—, ¿no te interesaría que te acompañase a visitar los lugares más emblemáticos?

—Tal vez en otro momento. —Y se quedó pensativa un instante…—. Por ahora lo que más me interesa es conocer a alguien que pudiera proporcionarme cierta información sobre una familia que vivió aquí en el siglo xix.

—Vaya, tendrás buenas razones, supongo. Sin embargo… —Un par de minutos de vacilación—. ¿Y… puede saberse a qué personas te refieres? —Drásticamente el interlocutor se interrumpió dándose un golpe en la frente, para inmediatamente decir—: Es imperdonable que llevemos conversando exactamente… diez minutos, sin que nos hayamos presentado. Me llamo Nataniel Gómez Segura.

—Yo soy Elsa Rodríguez Tena —contestó sorprendiéndose a sí misma por falsear sus apellidos.

—Bueno, pues encantadísimo de que nos hayamos conocido de una manera tan… casual.

—Bien —dijo ella cortando con preámbulos que creía innecesarios—. Los nombres de las personas de las que te hablaba son… José Nuño Tobar e Inés Torrás Martos. Otro dato a aportar es que estaban casados y murieron jóvenes, a un año de distancia ella de él.

—Ya, pero esas referencias no son suficientes para hacer averiguaciones sobre unos habitantes de Hervás habiendo transcurrido… casi siglo y medio, a no ser que se tratara de personas notables que aparecieran en los archivos de la villa. Tratamiento como tal, al de villa, me refiero, porque Hervás dependió durante la mayor parte de su historia de Béjar, hasta el siglo xix en que Fernando VII la independiza de la localidad salmantina y le concede la calidad de villa. —Como viera la cara de fastidio en la chica, rectificó—: Lo siento, lo siento, a la mínima me sale la veta profesional. ¿Por dónde andábamos?

—Bueno —respondió Elsa comprensiva—, hablando en plata, por ahora mi prioridad se centra en el matrimonio del que antes hablé, sin que eso quiera decir que no me interese la fascinante historia de este municipio.

—Sinceridad por sinceridad; en mi caso consiste en que, siendo por naturaleza extremadamente tímido, hoy, al verte, he tenido un arranque insólito que estoy aprovechando. No obstante, y ya que pareces interesada por eso que querías saber, al tiempo que dejaba entrever ciertos pormenores sobre la historia de Hervás, le he estado dando vueltas a la cabeza pensando en la gente más vieja por si supiesen algo y la memoria no les flaqueara. ¡Espera, espera!, mi abuela conoce a una mujer, que… probablemente podría decirte algo sobre esas personas.

—¿De veras me ayudarás en esto? —preguntó la chica con un brillo especial en los ojos.

—Pues claro; pero siempre que estés dispuesta a escuchar mis matracas turísticas —acabó diciendo medio en broma

—¡Por descontado! Al fin… conocer este lugar y sus alrededores era el principal objetivo que me trajo aquí.

—¿Lo era, dices… y ya no? No comprendo —aseguró él ya caminando al lado de Elsa.

—Yo tampoco —replicó ella dejando perplejo a Nataniel.

*Hay consignas tan sagradas*
*que se acuñan de por vida*
*y el hermetismo salvaguarda.*

Estaba sentada en la penumbra del zaguán, apenas un rayo de sol se colaba a través de la hendidura de la entornada puerta que comunicaba con un estrecho patiecillo. La piel enjuta y en extremo rugosa, los ojos pequeños y vidriosos dejaban no obstante entrever una mirada aguda, de esas a las que no suele escapársele ni el vuelo de una mosca, el pelo completamente blanco recogido en la nuca con un moño, y las manos entrelazadas, como en permanente oración.

Los recién llegados saludaron a la mujer con respeto, quedando en silencio, a la espera de respuesta. La anciana los miró de arriba abajo con ojos escudriñadores, en el momento en que una mujer que podía rozar los ochenta años aparecía secándose las manos con el delantal.

—Madre, estos chicos quieren preguntarle algo sobre ciertas personas de sabe Dios cuándo.

—Pues si es así, que hablen, pero bien alto, porque con el movimiento de los labios no alcanzo a enterarme.

—Es que el oído le falla, son muchos años dándoles trabajo.

Elsa, un tanto apocada, habló en primer lugar elevando el tono de voz.

—Pues verá, señora. —Y entre titubeos, prosiguió—: Me llamo Elsa y, por razones largas de explicar, quisiera saber si us-

ted ha oído hablar de un matrimonio que murió muy joven, ninguno de los dos llegó a cumplir treinta años, él se llamaba José Nuño Tobar y ella… Inés Torrás Martos.

La mujer desvió la mirada por largo rato, sus pequeños ojos parecían perdidos en un túnel imaginario, una vaga sonrisa con tintes melancólicos pasó por sus ajadas facciones.

—No estoy soñando, ¿verdad, hija? —dijo al fin interrogando a la otra mujer.

—No, madre, este muchacho es Nataniel, nieto de la Micaela.

—¿De la Miguela, dices?

—De la Micaela Pasos Largos —repitió ya pegándose literalmente al oído de su madre e inmediatamente se justificó—: Hijo, ya sabes que a veces se nos conoce mejor por el apodo que por nuestro nombre. —Y el chico asintió con sonrisa forzada.

—¡Ya caigo! —exclamó la anciana como si saliera de un trance—. ¿Cómo no había de recordarlos si en esa casa trabajó mi abuela Filomena desde chiquilla? No más de doce años tenía cuando sus padres la pusieron al servicio de esa familia, mejor dicho, de doña Justa, que era quien manejaba el cotarro, ¡menuda era! Inés era la más chica de los hermanos y un alma de Dios, por eso le pasó lo que le pasó.

—Pero, pero…

—Mira, jovencita, no sé quién eres ni qué pretendes con querer saber cosas de esa familia. Una de las muchas advertencias que me hizo mi abuela fue que con los que te dan de comer… ver, oír y callar. Y a estas alturas de la vida no pienso contradecirla. —Y en mutismo absoluto dio por zanjada la entrevista.